

RESEÑAS

guaje teatral y Simone Trecca las relaciones entre su piezas breves incluidas en *Teatro para minutos*, Laila Ripoll (Rossana Fialdini Zambrano y Kay Sibbald estudian el “efecto de choque” en *Once de marzo* y *Pronovias*), José María Rodríguez Méndez (Jorge Herreros Martínez examina su *Espectáculo de calle del suburbio madrileño de estos tiempos*) y Sanchis Sinisterra (Federico Gaimari asedia el tríptico *Vacío: no tan vacío*, compuesto por sus monólogos: “Vacío”, “La puerta” y “Presencia”).

Asimismo, un tercer grupo de trabajos se aproximan a espectáculos y publicaciones colectivas como *Mihura por cuatro... y la cara de su retrato*, conjunto de piezas breves surgidas alrededor del centenario del nacimiento de Miguel Mihura (Juan José Montijano Ruiz), y *60 obras de un minuto de 60 autores dramáticos andaluces*, proyecto concebido en 2006 en el marco de la celebraciones por el Día Mundial del Teatro (Carmen Itamad Cremades Romero). Finalmente, se indaga también en sus expresiones en determinados espacios geográficos (Alfredo Cerda Muñoz analiza *Un año de silencio* del mexicano Rafael Martínez, donde se dramatizan los problemas de los mexicanos que cruzan la frontera con Estados Unidos; Gabriela Cordone, las “poéticas del exilio” del teatro breve argentino; Martín Bienvenido Fons Sastre, los proyectos *Història* y *Seqüencies*, que se

desarrollan actualmente en las Islas Baleares) y lingüísticos (Nerea Aburto González estudia la trilogía, en euskara, *Dibertimenduak*), así como se examina la relación del teatro breve con otras expresiones artísticas (María Jesús Orozco Vela explora las relaciones entre el microteatro y el cine comprimido).

En conclusión, estas actas reúnen un conjunto pionero de trabajos, tanto de dramaturgos como de investigadores, sobre el teatro breve de la primera década de nuestro siglo. Desde el lado de los dramaturgos, se recogen aportaciones de sus principales exponentes, quienes abordan ora su propia dramaturgia y su práctica escénica (un par de los cuales es acompañado por ejemplos de su propia producción), ora su visión del desarrollo del teatro breve; y desde el lado de la crítica, variados y rigurosos asedios a esta reciente pero ya ingente producción. Por todo ello, este volumen constituye una valiosa contribución a la investigación de esta rica dramaturgia. Y esto, gracias a la constante labor de SELITEN@T, es solo el inicio.

José Elías Gutiérrez Meza
Universidad de Navarra
jgutierrez.5@alumni.unav.es

Valls, Fernando, ed.

Mar de pirañas: nuevas voces del microrrelato español. Palencia: Menoscuarto, 2012.



RESEÑAS

338 pp. (ISBN: 978-84-96675-89-6)

En los últimos años han proliferado las antologías de microrrelatos tanto en Hispanoamérica como en España. Si observamos el fenómeno en nuestro país, se pueden mencionar unos cincuenta volúmenes colectivos dedicados a esta narrativa brevísima publicados en las tres últimas décadas, aunque sean de muy diversa naturaleza y la selección de textos no siempre responda a unos criterios genéricos adecuados. Pero, en 2012, dos publicaciones elaboradas por especialistas en el género resultan fundamentales para conocer la identidad del microrrelato español: en *El microrrelato español. Una estética de la elipsis*, de Irene Andrés-Suárez, se traza la historia del género en España a partir de las creaciones de sus más relevantes cultivadores; y este volumen preparado por Fernando Valls, *Mar de pirañas. Nuevas voces del microrrelato español*, es una excelente muestra de su vitalidad y pujanza entre los escritores más jóvenes y residentes en España.

Antes de abordar la antología que nos ocupa, es preciso recordar el profundo conocimiento que su elaborador tiene de esta forma literaria. El profesor Fernando Valls posee una dilatada trayectoria en la investigación y la crítica en torno al microrrelato, como se puede apreciar en los artículos y ensayos que conforman *Soplando vidrio y otros estudios sobre el microrre-*

lato español (2008). Ha impulsado el género en el ámbito académico como coordinador y participante en múltiples cursos, congresos nacionales e internacionales, y lo ha divulgado en publicaciones periódicas como la revista *Quimera* o al frente de su bitácora *La nave de los locos*. Además, cuenta con otras dos antologías dedicadas al microrrelato: *Ciempíes. Los microrrelatos de Quimera* (2005), en colaboración con Neus Rotger, y *Velas al viento. Los microrrelatos de "La nave de los locos"* (2010). Por tanto, era de esperar el rigor y el fino sentido crítico que Fernando Valls demuestra en el volumen que reseñamos.

El sugerente título, *Mar de pirañas*, se explica en parte con la cita de la escritora argentina Ana María Shua que recoge el editor: "Para escribir microrrelatos basta con tomar un poquito de caos y transformarlo en un miniuniverso. Como las pirañas, son pequeños y feroces. Aconsejo descartarlos si no muerden". El lector lo comprenderá en su totalidad cuando, tras leer el prólogo, siga los consejos de lectura que allí se ofrecen. Con el subtítulo, *Nuevas voces del microrrelato español*, el editor restringe su selección a los escritores más jóvenes que residen en España, aunque la nacionalidad española no sea requisito indispensable.

En el prólogo, se sintetizan algunos aspectos en torno al microrrelato



RESEÑAS

que aún parece necesario recordar, ya que estamos ante un género denostado en ciertos ámbitos, banalizado por los medios de comunicación e incluso ninguneado por algunos críticos, que se ven desbordados por una forma literaria que traspasa los límites de lo convencional. Por eso, Fernando Valls orienta su sencilla y sintética introducción a situar el microrrelato en el lugar que le corresponde: repasa de manera sucinta algunos autores y obras, verdaderos hitos en la formación, desarrollo y consolidación del microrrelato español, resume sus rasgos genéricos, explica la variedad de medios que han favorecido su difusión –apoyo académico, interés editorial, presencia en los medios de comunicación, profusión de concursos y talleres, relevancia de los medios digitales...– e indica las amenazas o los peligros que lo acechan, surgidos sobre todo por su desconocimiento. La piedra angular de todo ello es la siguiente definición: “El microrrelato es un texto narrativo breve que cuenta una historia, a pesar de no ser la brevedad el rasgo distintivo que lo singulariza, sino su estructura condensada, producto de la precisión, la intensidad y la concisión narrativas, siendo su particular forma la consecuencia lógica de esos rasgos definitorios” (10). Tras mencionar otras características habituales, el autor se centra en aquellas que se pueden observar en el mi-

crorelato español escrito por los nuevos autores, es decir, en las creaciones que se recogen en este volumen. Se trata de características pragmáticas, temáticas, compositivas y lingüísticas que, sin ser exclusivas del microrrelato español actual, se ponen en relevancia por su índice de frecuencia en las creaciones más recientes. Más adelante revisaremos la selección de textos a la luz de estos rasgos.

Fernando Valls, consciente del importante papel que tienen las antologías en la normalización del microrrelato, defiende el rigor en su elaboración y el establecimiento de criterios adecuados para el propósito que las alienta. Y aclara que esta “no pretende ser una antología canónica al uso, sino que su objetivo estriba en proporcionarle al lector un amplio panorama [...] acerca de los microrrelatos que se están escribiendo en castellano en nuestro país” (21). Para conseguirlo ha seguido los siguientes criterios: los escritores son residentes habituales en nuestro país y escriben microrrelatos en castellano; se establece el límite de edad de los autores en los nacidos a partir de 1960; casi todas las creaciones se han publicado en el siglo XXI; y se incorporan tanto cultivadores habituales del género, con una trayectoria conocida o iniciada recientemente, como escritores que han recalado ocasionalmente en él, ya sea de manera esporádica o por



RESEÑAS

encargo. De este modo, se intercalan los nombres imprescindibles que van forjando el armazón del nuevo microrrelato español con otros de creadores que en algún momento se han sentido atraídos por esta forma literaria, lo que también resulta muy significativo. Además, el elaborador facilita valiosa y útil información en dos secciones que enmarcan su selección: “Procedencia de los textos breves”, ordenada según las fechas de nacimiento de los autores; y un compendio de breves “biobibliografías” en orden alfabético.

La antología consta de doscientas ocho piezas, pertenecientes a sesenta y nueve autores dispuestos en orden cronológico. Los primeros son los nacidos en 1960 –Almudena Grandes, Ignacio Martínez de Pisón, Felipe Benítez Reyes, Carlos Castán, Araceli Esteves, Manuel Moya y Miguel Ibáñez– y el más joven, Matías Candeira (1984), se dispone en último lugar. El amplio número de textos hace posible constatar la diversidad de tendencias y rasgos que presenta el microrrelato español más reciente. Iremos ejemplificando estas características, mencionadas en el prólogo, con algunos textos que despuntan por su calidad.

Valls destacaba en su introducción ciertas tendencias en el tratamiento estético del contenido: lo simbólico, lo fantástico y lo maravilloso;

versión, subversión e inversión de personajes, tópicos y motivos pertenecientes a nuestro acervo cultural y literario; y reflexión sobre la propia literatura, sobre el acto creativo o sobre el lenguaje.

Los microrrelatos de carácter fantástico presentan variedad de *topoi* y enfoques. Así, aparecen seres fabulosos y transformaciones, como la insólita percepción lírica en “Meditación del vampiro” (69), de Hipólito G. Navarro; o una vuelta de tuerca en torno a la licantrópía en “La vida familiar” (250), de Manuel Espada. También son frecuentes los motivos de gusto borgesiano, como la existencia de mundos alternativos, que se desarrolla en “La cueva” (90), de Fernando Iwasaki; o el desdoblamiento, sobre el que se construye “Dualidad” (164-165), de Antonio Serrano Cueto. Son muchos los textos en que aparecen otros elementos del acervo cultural o de la tradición literaria: la visión del propio entierro o de la propia sepultura en “La pequeña muerte” (179), de Luisa Castro; la actualización, banalización y parodia con que se enfoca “Robinson” (97), de Fermín López Costero; o, por citar solo uno más, la revisión de motivos y personajes mitológicos que se lleva a cabo en “La clepsidra” (248), de Javier Puche.

Tal vez el grupo más nutrido esté conformado por los microrrelatos que pueden ser leídos como “realistas”, aunque ofrecen una percepción in-



RESEÑAS

usual de la realidad. En unas ocasiones es cruelmente reflexiva, como en “Patio de luces” (156), de Juan Gracia Armendáriz; o en “Limpieza” (196), de Rubén Abella. Y, en otras, se trata de una mirada irónica y paródica, como en “La felicidad” (272), de Andrés Neuman. En este grupo a veces gana terreno el absurdo –“El equilibrio del mundo” (243), de Ginés S. Cutillas– o se imponen giros que contravienen lo esperado, lo conocido o lo lógico, como en “Grandes almacenes” (103), de Carmela Greciet.

Entre los microrrelatos metaliterarios destacan los que se centran en la propia esencia de la literatura y en el acto creativo: “Espacio” (72), de Ángel Olgoso, es una defensa de la condensación y la brevedad narrativas; y en “Hay un camino” (86), de Andrés Ibáñez, se presenta el mundo de la literatura en clave simbólica. Y el metalenguaje vertebra piezas como “Chuzos de punta” (254), de Manuel Espada; o “La vida sexual de las palabras” (295), de María Paz Ruiz Gil.

La importancia de los elementos estructurales –sobre todo títulos, inicios y cierres– se puede observar en muchos de los microrrelatos seleccionados. Por ejemplo, se invierten en cierto modo las funciones del paratexto y del texto en “Los libros, los cigarrillos, tu hijo y sus juguetes, el rostro de tu esposa” (121), de Pedro Ugarte; “Habla distraídamente la

muerte” (57), de Miguel Ibáñez, ha de releerse a la luz del título; y encontramos cierres sentenciosos –“Una inmortalidad” (170), de Carlos Almira–, abiertos –“Vigilia” (127), de Manuel Moyano– o epifánicos –“Historia de un valiente” (258), de Loli Rivas–, pero siempre relevantes para la comprensión del sentido último del relato. En cuanto a los modos discursivos, se aprecia la capacidad architextual de esta forma literaria, es decir, la facilidad con que “fagocita” todo tipo de géneros y discursos: “La luna en estío” (87), de Andrés Ibáñez se encuentra muy cercano al poema en prosa; “El camello” (151), de Eduardo Berti, es la reelaboración narrativa de un enunciado gnómico; en “Receta” (245), de Gabriel de Biurrun, se produce la apropiación del discurso prescriptivo; y en “La incertidumbre” (247), de Javier Puche, aparece el texto dramático, en un claro homenaje a las *Historias mínimas* (1988), de Javier Tomeo.

Aunque en el microrrelato actual predomina un uso funcional del lenguaje, no falta la experimentación también en este plano. Así, se aprecia profundo lirismo y lenguaje poético en “La buena suerte” (51), de Carlos Castán. El compromiso y la denuncia se cargan de fuerza expresiva mediante la alegoría en “Capitalismo” (188), de Jesús Esnaola; o de ironía y sarcasmo en “Hypocrisis” (297), de



RESEÑAS

Raúl Sánchez Quiles. Otras veces el lenguaje se exprime con una clara intención lúdica, como en “La última cita” (108), de Flavia Company, escrito según un juego de onomatopeyas; o en “Elipsis amiloidea” (244), de Gabriel de Biurrun, en que se reta al lector a descubrir palabras elididas.

Estas muestras dan cuenta de la variedad y calidad de la selección realizada por Fernando Valls, aunque el lector podrá encontrar muchas más en el libro. Sería un recurso fácil objetar aquí respecto a la inclusión o exclusión de autores o piezas, ya que la selección es fruto de la aplicación rigurosa de criterios objetivos, pero también – como es lógico y lícito – del gusto y las preferencias del elaborador. Por eso nos limitaremos a plantear ciertas dudas respecto a la adscripción genérica de algunos excelentes relatos, en los que no apreciamos con claridad el salto cualitativo por el que se diferencia el microrrelato del cuento: “Fruta del tiempo” (40-42), de Ignacio Martínez de Pisón; “Apoyado en un Mustang del 66” (287-289), de Lara Moreno; o “Continuidad del infierno” (275-277), de Andrés Neuman. Y, aunque la nómina de escritores es muy amplia y representativa, creemos que tendrían cabida en esta antología algunos autores como David Roas (1965), Francisco Rodríguez Criado (1967), Miguel Ángel Muñoz (1970) o Patricia Esteban Erlés (1972).

Aconsejamos al lector que acepte la entusiasta invitación a la lectura que subyace en este libro desde el título. Sigamos la sabia recomendación con la que Fernando Valls transmite su respeto y admiración por este género: “Debería leerse una antología de microrrelatos como esta [...] en pequeñas dosis, saboreando los textos y dejando reposar su lectura tras unas cuantas piezas” (21). Dejémonos morder por estas pirañas marinas, que se mueven entre las dos orillas del Atlántico y que con sus fogonazos iluminan lo que habitualmente no vemos.

Leticia Bustamante
I.E.S. José María Pereda
leticia.bustamante@educantabria.es

